

ÍDALIA MOREJÓN ARNAIZ

Una artista del hombre



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: *Girl with balls*, técnica mixta
sobre papel (2009), de Jorge Pantoja

© Idalia Morejón Arnaiz, 2020
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2020
Segunda edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798264482816

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones
que establece ley, queda rigurosamente prohibida, sin
la autorización escrita del autor o de la editorial, la
reproducción total o parcial de esta obra por ningún
medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo
fotocopias o distribución en Internet.

Mi opinión es que no se trata de nada terrible. Quiero decir que puede ser terrible, pero no hace daño, no es venenoso eso de pasarse sin algo que uno quisiera tener. No es malo decir: «El trabajo que hago no es realmente lo que me hubiera gustado hacer. Podría hacer algo más importante». O: «Necesito amor, pero sobrevivo sin él». Lo que resulta funesto es pretender que lo de segunda clase es de primera. Pretender que no necesitas amor, y que lo necesites; o que te gusta el trabajo que haces, cuando en realidad sabes perfectamente que podrías hacer algo mejor.

Doris Lessing, *EL CUADERNO DORADO*

Una artista del hombre

Una artista del hombre

Poquita Cosa deja caer la pluma con un gesto cinematográfico que adora. Cierra los ojos y repasa la escena en cámara lenta: ha comenzado a escribir sus futuras memorias: *Hombres en mi vida*. Aspira a transformarlas en una obra más compleja que *Crimen y Castigo*, más realista que la *Comédie Humaine* y “áspera, áspera como la mano de un hombre”. Reivindicará sus esencias femeninas y ajustará cuentas con los hombres. “Pero mis esencias son machistas”, piensa algo preocupada. Por su origen no podía ser otro su destino. Diez años caminando de Covadonga a Guanál Grande, de Guanál Grande a Covadonga; ocho kilómetros de terraplén bordeados de cañaverales con jóvenes campesinos sudando los pectorales para ganarse el sustento.

El escalón superior, el del urbanismo y la urbanidad, no lo ganó en buena lid. Cuando se mudó para La Habana, aún no pensaba en lo importante que sería caminar sin fango en los zapatos. Tuvo que nacer en Covadonga, un pueblito perdido en el interior de una isla perdida en el mar de un mundo perdido; todo era ella misma, danzando alrededor de su ombligo, redondo e hinchado en su barriguita plana, su palidez, su cara de guajirita corriendo alucinada por

un campo nublado, rodeada de amigas con hermosas batas primaverales. Pero el brillo de sus ojos ya era implacable. Pasará de los veinte con la misma gran oreja redonda, el cuello discretamente gordo y la estatura liliputiense.

Llegó al mundo con quince días de retraso en una época en que todo era programado compulsivamente, y su primera experiencia en tierra fue un lavado estomacal. El 8 de octubre de 1967 fue recibida en el hospital materno de Santa Clara por un médico boliviano, como si los astros la hubieran destinado a ser una sentimental asistente de la historia patria, con sus muertos-vivos y sus herederos. Sin embargo, nació para quebrar las barreras de la falta de autonomía. Del 24 de septiembre al día de su nacimiento, cuando le lavaron el estómago, se alimentó de bolo fecal. Este dato le ha evitado el camino de las cartománticas y de las santeras. Sabe que además de haber llegado tarde al mundo, y en consecuencia a los propios acontecimientos de su vida, también nació comemierda.

Norka, la madre de Poquita Cosa, era maestra normalista. La crema y nata de la sociedad de monte adentro se preguntaba cómo tuvo coraje para salir de la capital provincial y agotar sus días en un fin del mundo lleno de mosquitos, de tiqui-tiqui y dime-quete-diré, sin dentista ni librería. Cada mañana, terraplén tras terraplén, sujetaba a una hija en cada mano hasta llegar al antiguo cuartel del ejército convertido en escuela. En días de lluvia, sus tacones afilados se hundían en el fango, y las piernas, bien torneadas y sin marcas, enrojecían al contacto con las salpicaduras de tierra mojada. Usaba una cartera negra en

combinación con un conjunto de saya y chaqueta de un verde tierno que ni la hierba, que ni el agua del mar, que ni las piedras más exóticas.

Para celebrar los cumpleaños de sus hijas, el mayor desafío de Norka era vestirlas con ropas nuevas. En Covadonga sólo podía encontrarse corduroy, corduroy rosado y amarillo, especialmente en verano. Pero la suerte acompañó a Norka esa temporada. Pocos días antes de que Poquita Cosa cumpliera sus primeros siete, un buque ruso repleto de productos de la industria ligera había atracado en el puerto de Cienfuegos, y decenas de camiones de carga habían partido hacia diferentes tramos de la Carretera Central, distribuyendo la mercancía por los pueblos de la región. Entonces surtieron la Tienda del Pueblo. Poquita Cosa, que desde su más temprana infancia siempre tuvo buen gusto, escogió ropas en diferentes tonalidades de rojo: pantalón rojo vino, camiseta rosa vieja, blúmer rosa del verano y sandalias plásticas rojo tomate. “Pretendo mostrar que soy la precursora de los Colores Unidos de Benetton”, suele comentar.

Bios

“Pipo”, le dice el padre que siempre anheló un varón, y le sacude la cabeza que la hará famosa en Covadonga. Niña prodigio, imprevisible como el aguacero, por los ojos bebiendo el fango espumoso del verano, imaginando el chocolate. Mírenla en la tribuna en el tercer comunicado del día, esmirriadita, gritando a voz en cuello algo en lo que debe poner emoción. Al volver de distante ribera... aquí no se rinde nadie... cultivo una rosa blanca...

“Pipo”, le dice el padre y le entrega dos pesetas para que vaya al merendero a comprarle un tabaco. Corre por el pedregal, cruza la línea del tren, salta entre los portales, entra en el cementerio. Conoce los jardines más bonitos. Sabe dónde encontrar buenas hamacas, dulces en almíbar, antiguas revistas de moda con propagandas de Avon. Camina kilómetros entre marabuzales para visitar parientes; huye de las culebras, se refresca en los arroyos, caza guajacones, supersticiosamente cruza los dedos ante las tarjas a los gloriosos héroes de Playa Girón, caídos en las inmediaciones de Covadonga. Salta de las carretas, ve parir a las puercas, dibuja en las paredes, roba mangos, colecciona cuquitas, saluda a los mayores, aprende el punto derecho, borda un mantel, se sube

al tejado, colecciona sellos, vigila las nubes, tumba mamoncillos, huye de los perros, come melcocha, participa en los concursos, juega a las casitas, pierde en los yaquis, gana en el parchís.

Salta en el tiempo, saltamontes; llénate los pulmones con el aire puro del lugar común y exhala esa alegría que no te caracteriza. Danos a oler en tu boca ese frescor vetusto empañado en el espejo; monjita sin entusiasmo con el pecho cubierto de medallas. Lánzate a la fiesta platanera, pósate en la bandeja de los caimitos, vigila los buñuelos; criatura improbable desfigurada en el lenguaje, exotizada por los débiles destellos que hacen del mediodía un misterio. Vuelve a casa con el tabaco amasado, vía trillo de hierbas, charcos y piedras hirvientes, derecho hasta el fondo del patio donde el silencio se vuelve catedral bajo las arecas siempre húmedas.

Niña: hasta las gallinas duermen para que tengas paz.

Topos

“Guanal Grande, Covadonga, Real Campiña, Yaguar-
ramas. Topografía de la aridez y los dientes postizos
antes de los treinta”, murmura Poquita Cosa mien-
tras estruja el proyectado proyecto. Recoge la pluma
dispuesta a escribir una profunda meditación necro-
fílica y glandular sobre los hombres, al calor de sus
pasiones literarias. Piensa en Alejandra Pizarnik,
morbosamente poética ante la imagen de una don-
cella desnuda sobre la nieve de los Cárpatos, cuando
escribió aquel desconocido ensayo sobre la condesa
húngara que bebía la sangre de ninfas espectacula-
res en busca de la eterna juventud. “¡La vieja Erzé-
bet, camajana!”, masculla con rabia un tanto mo-
ralista. Imagina a la pobre Sylvia Plath, por tantas
mujeres recordada, con la cabeza metida en el horno
intoxicando sus palabras, con su propia muerte ma-
tando a las feministas de vanguardia, asándolas en
su agonía como si fueran pavos para un almuerzo
de negocios. “¿Feminista para qué, si voy a conti-
nuar cocinando potajes para el marido de turno? Ya
lo dijo Bukowski: lavar los platos, sólo el día en que
las mujeres se encarguen del arado y expongan sus
tetos a las balas”.

Mientras hace estas reflexiones por las que se siente traidora de una causa, M. Bebec entra y sale de su vida aun sabiendo que está sola. “La soledad sólo puede ser disfrutable si se tiene como una opción”, le dice a la foto de pasaporte que guarda en su provinciano carné de identidad. Desde el retrato, M. Bebec sonríe como un profesor dispuesto a suspenderla, porque ser inteligente no es lo más importante, lo primero en esta isla es ser una fragante mulata de sol y palmeras. Lo imagina encaramado sobre el pico más elevado de los Alpes echando paternales miradas etnológicas sobre su vida. Pero en cuanto se desnuda frente a él, su interés por la etnología crece. Lo escucha gemir y la garganta se le dilata mientras piensa: “Estoy tragando millares de calzoncillos malolientes, toneladas de mochos de tabaco, mulatas despampanantes y kilómetros de cables de *L’Habaguanex*. ¡Dios, qué felicidad!”

Para conquistarla, M. Bebec intentó el largo y tortuoso camino de la emancipación. Los temas de conversación oscilaban entre la música barroca y *Miedo de volar*. “Miedo de templar”, piensa Poquita Cosa mientras esquiva preguntas cuyas respuestas evita a toda costa por aquello de no entregar a quien no da. Recién separada de su esposo, expulsada de su lujosa vida residencial, de vuelta y devuelta al hacinamiento barriotero de Santos Suárez con el bebé Vulgarcito en brazos, noche tras noche expulsa la bilis del rencor fumando cigarros cambiados por compotas mientras habla de hombres concretos con sus amigos, Elperro Uría y Willy Larrata. Ernestico Filete, Jota Jota, el Físico, el Zurdo, el Negro, el Merengero, Albertico Zanahoria y Oscarito Manguera

son disecados, despedazados y recompuestos verbalmente con entusiasmo y dedicación.

“Ninguna mujer podrá ser totalmente libre mientras continúe teniendo al hombre como centro y en el centro, lo cual desde un punto de vista biológico resulta inevitable, imposible, demencial”, se esfuerza Poquita Cosa por convencer a su amante. “Pegorro yo sólo deseo comprregdas que si ton mari enganag no es ggrazón de abandonag casa...”, todavía es capaz de articular M. Bebec, luego de cinco años viviendo en La Habana, alternados entre el barrio de Santos Suárez y el Reparto Siboney. Ella no desea la emancipación de la mujer, ser federada le parece suficiente. Si con algo M. Bebec la conquistó no fue con monsergas e incitaciones a la rebelión. Para escribir sobre el feminismo, lo primero es proveerse de una tinta muy especial: esperma. “Y no precisamente el de fabricar velas...”, exclama en voz alta y sonríe discreta.

Ante tanta idea sin argumento, pasadas la euforia y la inspiración repentinas, el primer borrador de sus memorias va tomando la forma de una redondísima, pulcra bola, que le otorga el derecho automático de entrada al concurrido ejército del anonimato. Pero la mente siempre va más rápido que la mano, por eso no la alcanza y continúa arrojando óperas primas en el cesto del baño. De arrepentirse, lo más grave será transcribir la historia de un papel a otro. Viene a su mente aquel chiste de “y si mi culo leyera...”, sin saber esta vez quién va más rápido: el culo, la mente o la mano. “Mierda es mierda, y papel que se embarra no se recicla jamás”, piensa resignada.

En el cestito con fondo aireado por el calado de los años pasan una corta temporada las ilustres mujeres que Poquita Cosa admira, los hombres que la entristecen y sus elucubraciones sin fundamento legitimado en el mercado de las ideas. Entre una y otra canasta acumula puntos para la desesperación; el rostro se le desfigura de impotencia y con toda la vanidad del mundo concentrada en un suspiro se repite la pregunta más estúpida que puede hacerse un escritor: “¿Por qué ellos pueden y yo no?”.

Ellos son sus amigos del gremio, con quienes se atreve a compartir únicamente la cama, “el lugar de mayor silencio entre dos cuerpos”, concluye escéptica. Náufrega en la aridez del pensamiento más vulgar, sin gurú ni profesora preocupada, dejó su barca literaria flotar en las olas de la casualidad. A los ocho años Norka le regaló un libro que la llenó de pavor y nunca más ha vuelto a tocar: *La flecha negra*. Lo abría en cualquier página y fingía que leía. La imposibilidad de conocer toda la historia al mismo tiempo se transformó en pereza, luego en desdén, palabra a la cual atribuye matices existenciales para esconder la vulgaridad de todos sus actos. Corín Tellado de alquiler a cuarenta centavos por día; Julio Verne compartido con Norka en tardes silenciosas y soleadas. Enseguida, el descubrimiento lírico de José Martí, Roberto Carlos, José Ángel Buesa y el suyo propio.

El hábito ya monacal de la lectura se intensificó con el placer sexual que le provocaba. Saltaba de la cama compulsivamente y corría en plena fatiga hasta la librería más cercana. Allí permanecía, hojeando cualquier volumen con mirada falsamente atenta sin responder a las preguntas de la vendedora, tratando

de adivinar por el título o el diseño de portada algún relato de hombres y/o mujeres en que la carne fuese rosada, tibia, fragante. Pasaba la hora de la siesta masturbándose sobre ediciones baratas de *El Decamerón*, o con el pasaje del estupro en *La última mujer y el próximo combate*. Era el esplendor opaco de una perla.

Mediodías en portales fríos, baños con duchas de un solo chorro cayendo pesado sobre el clítoris; viejas revistas de moda, ajustadores, el espermicida que Norka olvidaba sobre la cómoda: visiones de un erotismo canónico que sólo alcanza fulgor en la confusión de la adolescencia. Su espíritu romántico y agitado se precipitó en la búsqueda de un placer que demoró en llegar, como el deseo de una estrella que cae. Pensaba en las dicotomías, pero no rechazaba una pieza en el baile. Cuerpo y alma, sentimiento y razón eran todo lo que no necesitaba para descubrir la felicidad de amar. Las teorías sobre la libertad y los prejuicios, sostenidas en el abandono de la familia y la muerte repentina de Norka eran expuestas con tanta naturalidad, que sus parejas de ocasión tenían que refugiarse en la densa, alta psicología del macho tropical para no perder el palo: parecía no necesitar de nadie.

Con palabras ásperas sobre el papel y una timidez ejemplar dentro del grupo conquistó la admiración del público masculino en la Escuela de Estudios Interiores. Sus actos más originales –copiosas epístolas remitidas a los más intrincados puntos del territorio nacional– se convirtieron, con el pasar de los años, en la naranja dulce que los jóvenes colegas aspiraban a chupar, como reconocimiento a

sus esfuerzos extra-académicos: divagaciones *post-coitum* sobre Nietzsche y Spinoza, *rock* nacional y música hindú. En silencio, invadía la cervecería de moda y el cine club estudiantil.

Pero M. Bebec no da su brazo a torcer y continúa indiferente. El colchón viejo se hunde en el centro, el muelle oxidado suena como una alarma y Vulgarcito se despierta cuando él está a punto de venirse. Poquita Cosa finge que goza. Su vida es un perpetuo coito interrumpido por ella misma, pensando preocupada en la frase perfecta que minutos después habrá de pronunciar. Todavía piensa que ser culta es más importante que ser libre.

“¿*Hombres en mi vida* estará necesitando de un poco más de hombres?” –indaga en el fondo de su conciencia, mientras se imagina comprimida entre dos cuartos literarios: su propio discurso de crítica al prójimo y las críticas del prójimo a su propio discurso.

Su escritura es un pasto seco que ninguna vaca sagrada querrá tragar.

ÍNDICE

UNA ARTISTA DEL HOMBRE

Una artista del hombre... 11

Bios... 14

Topos... 16

TODOS LOS HOMBRES SON IGUALES

Todos los hombres son iguales... 27

Imágenes de un matrimonio... 33

Imágenes de una separación... 34

Imágenes de una reconciliación... 35

Opinión de familiares y amigos... 36

En el hospital... 37

Zona Congelada... 40

IMPASE

Impase... 45

Rosa blindada de la tentación... 46

El hombre MZ... 49

Especulación inmobiliaria... 52

ENCUENTROS CERCANOS DE VARIOS TIPOS

Open Bar de la Moderna Poesía I... 59

Allons enfants... 61
Alma Mater I... 65
Retablo artístico-literario de Poquita Cosa
y Orlandito el Poeta... 67
Sector 40... 69
Medical Shot... 71
Método chino para duplicar la longitud
del pene... 75
Poesía + Apatía = Falsedad... 79
Carta a la China, que no es un país... 81
Filología al por mayor... 84
Lucha libre de los cromosomas... 85
Historia de la locura sin Foucault... 89

TEMPORADA ZEN

Temporada *Zen*... 97
Hombre sentado en la vereda... 100
Foto carnet... 102
Open Bar de la moderna poesía II... 103
Coda... 105
No se puede... 106
Iconografía & lealtad... 108
Alma Mater II... 109
En casa del Herrero cuchillo de palo... 112
Foto pasaporte... 114
Rewind... 116
Clave Ocho Treinta... 117

